

el filosofismo humorístico, que rechispea y salta como la espuma del champaña al caer en diáfana copa de muselina.—Sobrio en las cosas de la materia, como tienen que ser los longevos, Campoamor, en las del espíritu es un libertino insaciable, siempre encerrado en un harén de ideas, morenas y rubias, cobrizas y etíopes, circasianas, árabes, helénicas y cristianas... con las cuales juega el menos ceñudo de los sultanes, el más amable de los pensadores: el que para expresar su repugnancia al tomismo, dice: "Me hace el mismo efecto que la magnificencia del palacio de Tito, que todos la encontraban *llena de tristeza.*"

Desde su venida á la corte, donde se estableció, no volviendo á ausentarse de Madrid sino por temporadas de recreo veraniego, Campoamor, al par que escalaba la cima de la gloria poética, seguía el movimiento filosófico moderno, ó, mejor dicho, remaba sin descanso contra sus corrientes, combatiéndolas en nombre de un idealismo ontológico, expuesto y desarrollado en varios libros más curiosos que seguros, más chispeantes que razonados, más elocuentes que demostrativos. Los diversos aspectos que revistió en España la filosofía desde mediados del siglo, encontraron siempre en Campoamor un impugnador ardiente, del cual pudo afirmarse que "teniendo espada, no tuvo broquel.". A este propósito escribe con mucho acierto el P. Blanco: "Yo no sé si por alguna de esas paradojas se ha creído alguna vez Campoamor tan filósofo como artista; pero si así es,

que Dios le absuelva de este pecado.", Sucédele á Campoamor (guardadas todas las distancias), lo que á Kant: derriba mejor que construye; ataca mejor que defiende. ¿Quién es capaz de calcular la trascendencia de la crítica de Campoamor para abatir y demoler los sistemas que por turno, y reflejando pálidamente grandes direcciones de la moderna filosofía, se propugnaron en España, manifestándose en el libro, en la cátedra, en las discusiones del Ateneo, en las luchas del Parlamento y del periodismo? El hegelianismo cristiano, el espiritualismo romántico, el catolicismo liberal á lo Montalembert, el panenteísmo krausista, el positivismo científico, el neo-tomismo, el materialismo, —cuantas ideas patrocinaron y echaron á volar en España los Castelar, los Pidal, los Sanz del Río, los Giner, los Canalejas, los Moreno Nieto, los contadísimos pensadores que aquí pueden citarse— todas ellas fueron impugnadas y zurradas unas tras otras por Campoamor, en escritos polémicos que á veces tuvieron la fogosa é impaciente furia y el ciego arremeter de los célebres artículos *A la lenteja*. En medio de sus apasionamientos entreverados con pullas y conceptos agudos; á pesar de no tener guardadas las espaldas por ninguna convicción sólida, ordenada é investigadora, sino por irisadas hipótesis y regios subjetivismos, Campoamor ha disuelto, como el ácido, lo que de veras atacó, y ya pertenecen á la historia del pensamiento, donde apenas labraron surco, esas direcciones por él tan soberanamente man-

teadas. No sería justo repetir cierta frase de Ríos Rosas y declarar que Campoamor, en vez de *ilustrar* la crítica filosófica, la *amenizó*, alumbrándola con las bengalas del ingenio. El que impugna y pulveriza hace más que amenizar, y en este respectó hallo que las obras filosóficas de Campoamor, no obstante lo observado por el P. Blanco, pueden tomarse muy en serio, y compararse sin desventaja alguna á los terribles incisos contra Hegel que esmaltan los libros de Schopenhauer.

Esta incesante batalla intelectual, que supone tanta actividad del entendimiento, y el creciente rumor que levantaba su sistema poético, expresado sucesivamente en las *Doloras*, los *Pequeños poemas* y las *Humoradas*, mantuvieron á Campoamor, por espacio casi de medio siglo, sobre uno de los más altos puestos literarios de España, desde el cual su fama trascendió á Europa y no hay que decir si á la América española, inundada por innumerables ediciones de *Doloras* y *Pequeños poemas*. No juzgo ahora á Campoamor como poeta: lo que emborrono es su biografía; pero á su biografía atañe el fenómeno, poco frecuente en la historia literaria, de un vate que por espacio de cincuenta años, sin interrupción, hechiza á sus lectores, y ni un instante ve cortada la comunicación misteriosa, inexplicable y tantas veces efímera, de un alma con otras almas, de un escritor con el público.

Escribía Campoamor, en *El personalismo*, allá por 1855, al expresar sus ideas sobre el

arte y la literatura, estos sorprendentes renglones: "Si es verdad, como dice Espinosa, que Dios, la substancia infinita, se divide en pensamiento y extensión, desde la aparición de mis primeras composiciones conocí que no tenía más remedio que refugiarme en la región del pensamiento, pues un gran poeta, el señor Zorrilla, ocupaba á la sazón hasta el último recodo del atributo de la extensión. Viendo la totalidad de la naturaleza externa abarcada por la mente objetiva de este bardo divino, no tuve más remedio que refugiarme en el campo de mis impresiones subjetivas, íntimas, completamente personales. De la elaboración interna de mis propias impresiones nacieron esas composiciones que, por una razón que tengo derecho á reservar, porque no es literaria ni política, publiqué con el nombre de *Doloras*."

Zorrilla, el "divino bardo", había nacido el mismo año que Campoamor — en 1817. — Nótese cómo la historia de su poesía, comparada á la de Campoamor, demuestra lo que afirmé en el *Preludio* de estos apuntes biográficos. El poeta que, si admitiésemos la clasificación de Heine, podría aspirar al dictado de *entero*; mucho más épico que lírico, ungido vate nacional, y representante oficial del españolismo (aunque no sería difícil desentrañar los elementos que tomó de la escuela francesa); intérprete del alma de una raza y cantor de su espíritu colectivo... ese poeta, desde hace más de un cuarto de siglo, *había muerto* para nosotros. Le teníamos enterrado, es muy cierto, en la

pirámide mayor; nos parecía indigna de él otra sepultura que la sepultura faraónica, tallada en piedras colosales, poblada de encomiásticas inscripciones, decorada con todos los vasos sagrados tradicionales, según el rito; y allá en el centro de la suntuosa cámara sepulcral, en el ataúd bordado de jeroglíficos de oro, envuelto su cadáver en múltiples zonas de lino y saturado de todos los aromas y bálsamos que evitan la descomposición, yacía Zorrilla—magníficamente—sin que nadie turbase su soledad mortuoria. Lo que vagaba por el mundo de los vivos era su sombra, era una engañosa apariencia. El Zorrilla verdadero, ¿quién no reconocía que estaba en la pirámide?

Mucha gente que no es amiga de compulsar fechas se asombra cuando me oye decir que las *Doloras* son del año 45—contemporáneas del *Tenorio* y muy anteriores al poema de *Granda*.—Tan vivas, tan frescas, tan actuales les parecen, que al reconocerles la fecha del apogeo del romanticismo, llénanse de admiración los que tienen á Campoamor—haciéndole justicia—por el más joven de nuestros vates.

Y en efecto, si pudiese borrarse la cronología literaria de este siglo, y no bastasen los eruditos á reconstruirla, no faltaría algún crítico de las edades venideras que escribiese párrafos por el estilo: “Al expirar Zorrilla, el bardo de las tradiciones, el corifeo de la escuela romántica, diríase que la poesía española va á padecer eclipse total. Mas no es así; después de un corto interregno, nace en Asturias el que

había de abrir al arte nuevos rumbos, totalmente identificados con el pensamiento de su edad, que ya había rasgado el negro capuz del romanticismo y sacudido el helado polvo de la tradición. Historiadores mal informados y sin vista patrocinan la hipótesis de que José Zorrilla y Ramón de Campoamor nacieron en el mismo año,—1817.—Error de tanto bulto no necesita refutación. Coloquen, por lo que á Campoamor respecta, un 9 donde inadvertidamente pusieron un 8, y se aproximarán á la verdad. Nosotros, sin embargo, creemos que Campoamor debió de nacer por los años 55 ó 56 del siglo XIX. Para declarar coetáneos á estos dos poetas se necesita no haberlos leído nunca.”

Así, poco más ó menos, hablaría quien desconociese el dato de las fechas. ¿Acaso no existen hoy aficionados á la poesía que, por pereza de coordinar antecedentes, hablan de Becquer como de un *precursor* campoamoriano, cuando el cisne de Sevilla fué quien recibió de las *Doloras* misteriosa conmoción fecundante?

Aparte de estas consideraciones, tal vez más propias de un estudio crítico, lo único que puede repetir la biografía es que Campoamor ofrece el raro ejemplo de un poeta comprendido, admirado y sentido por tres generaciones, que atraviesa medio siglo sin producir indiferencia ni cansancio, y á quien ni sus mayores entusiastas hemos deseado nunca, en interés de su gloria, aquella temprana muerte que, según el cantor griego, distingue á los predilectos de los Dioses. ¡Morir joven! No hay que tomar las

cosas al pie de la letra: claro que siempre moriría joven Campoamor, aunque pudiésemos hacerle en vida el centenario.

No negaré que la gloria de Campoamor, el poeta del *pensamiento*, fué y es doblemente combatida y negada que la de Zorrilla, el poeta de la *extensión* y del ritmo sonoro. Siempre hallan más fácil aplauso—pero también más fácil olvido—los que visten con espléndido ropaje las ideas y sentimientos comunes, que los que, expresando su original personalidad, sorprenden ó escandalizan al vulgo. Campoamor es el más apedreado de nuestros grandes poetas, el que con mayor impavidez ha recibido el lodo que arroja con ambas manos la *bêtise*, exclamando al lanzar el primer sucio pellón “*¡inmoralidad!*”, y al disparar el segundo, “*¡plagio!*”. Ha padecido también otras censuras no tan venenosas y mejor fundadas, que provenían de gente docta: las *censuras formales*, basadas en los descuidos, prosaísmos ó caprichosas infracciones de las leyes retóricas que Campoamor se permite. A estos cargos no respondió satisfactoriamente el poeta, á pesar de sus ironías contra “la camisa de fuerza de la retórica”; á los otros sí, y con un caudal tan rico y deslumbrador de ingenio, sutileza, razón y sal ática, que hacen de su *Poética*—resumen de los ataques y defensas que convirtieron la vida de Campoamor en una especie de torneo literario—uno de los libros más sabrosos y de más sugestiva lectura que de diez años acá se han publicado en Europa. Saluden otra

vez los franceses: ¿cuándo ninguno de ellos se ha defendido así?

Por cierto que, al recordar cómo fué acusado Campoamor de entrar á saco en la enmarañada y viciosa selva de la poesía de Víctor Hugo, no quiero omitir un dato que me parece digno de mencionarse. Hallándose en París Eugenio de Ochoa, tuvo ocasión de departir con el autor de *Hernani* sobre la bulla que metía en España la novedad de las *Doloras*. “Voy á hacer un tomo de *Doloras* el año próximo; ya verá V.”, advirtió á Ochoa Víctor Hugo. Esperaba Ochoa, con natural curiosidad, á ver qué *Doloras* serían esas; y, en efecto, al año siguiente se descolgó Víctor Hugo publicando las *Chansons des rues et des bois*.—No omitiré que, enterado Víctor Hugo de que se le imputaba al poeta español el delito de haber plagiado, dijo después de leer el *Dies irae*: “Quien ha escrito esto no tiene necesidad de plagiar á nadie.”

Así como Campoamor no puede ni aun *imitar ó inspirarse*, tampoco se concibe, estudiándole, que haya quien le imite, ni siquiera quien le parodie, como se ha parodiado á Zorrilla. Es demasiado personal para eso. Ros de Olano lo expresó con una frase gráfica: “A Campoamor no se le puede imitar. Su estilo propio es como el filo de un cuchillo. Si se inclina un poco la hoja á la derecha, se cae en el prosaísmo; y si á la izquierda, en la afectación.”

En resumen, Campoamor, con su medio siglo de gloria, no logrará, como Zorrilla, llegar á la apoteosis de la coronación, por lo mismo que

no será jamás, ni el dócil intérprete de la raza en ninguno de los momentos de su desarrollo histórico, ni aun el poeta simpático á la vulgocracia pudibunda. En cambio tendrá siempre su fiel cohorte de admiradores, de enamorados iba á decir, porque el sentimiento que infunde su poesía es menos desinteresado y tranquilo que la admiración; y vencerá los embates del tiempo, porque, habiendo descendido á los círculos de dolor del corazón humano, lo mismo podría encantar á los contemporáneos de Safo y Anacreonte, que encantar á nuestros descendientes. Si escribiese un juicio crítico, trataría de fundar esta opinión, y de aquilatar la suma de razón ciertos cargos que á Campoamor se dirigen. Mas ya toca á su fin esta reseña biográfica, y sólo me queda el espacio indispensable para terminar el diseño de la fisonomía moral de Campoamor. ¿Y por qué no decir algo de la física, ya que en esta nueva edición de las *Doloras* no figura el retrato del poeta?

Campoamor es de mediana estatura, y más que medianamente grueso, sin llegar al extremo de esa obesidad aflictiva que padecía Alarcón, y que roba toda vivacidad á los movimientos y á las actitudes. Su cabeza, grande sin desproporción, respira vida, fuerza y robustez. El cabello, blanco y limpio como madeja de seda, y poblado aún hasta cubrir todo el cráneo y aureolar la frente (hace años que renunció á arrancarse las canas), realza la agradable entonación, algo pletórica, de la tez. Se ve que la testa está llena de sangre, y

que el amplio cerebro se nutre activamente de tan rico jugo. Las facciones, ni irregulares ni muy perfiladas, toman expresión de la maliciosa luz que irradian los ojos, y las acentúan las patillas pulcras, senatoriales, que, ostentando la misma hermosa blancura del pelo, guarnecen las mejillas. Los negros ojos ríen, pero en la caída de la boca hay aquella vaga melancolía, aquella fría niebla que Pidal llamó el *dejo montañés*. Y me doy prisa á reconocer que existe ese dejo, á fin de que no se confunda la fisonomía de Campoamor con la de algún *Falstaff* de buen año ó algún *Roger Bontemps* que hace cabriolas. No es la materia jovial y complacida la que se asoma á ese rostro tan inteligente, á veces tan infantil; es la fantasía que ha sabido ¡ahí es nada! idealizar lo sensual; es el alma que, después de "posarse en los charcos más infectos del camino", sale de ellos, no chorreando cieno y hecha una lástima, sino con sus alas de libélula más tornasoladas y vibrantes que nunca al reflejo del sol de la belleza. Dispense mi ilustre amigo Alejandro Pidal que vuelva del revés sus frases; pero es que su semblanza de Campoamor, por lo afiligranada y lo cruel, por lo inimitable de la factura y lo implacable de la esencia, ha conseguido sacarme de tino.

En lo que mejor se retrata el carácter del poeta es en ciertas anécdotas que casi todos saben y ríen, y que reflejan la originalidad de un alma de niño ó mujer (viril sólo á ratos, cuando fué preciso porque lo requería el ho-

nor), pero por costumbre indolente, distraída, revoloteadora, embriagada con el opio de las letras; alma que seduce y desarma hasta á los más graves y foscos, por su espontaneidad, su brillantez, su caprichoso vuelo y su inconsciencia divina. Campoamor posee la amabilidad, la seducción, la ingenuidad y hasta la travesura de la infancia: la pedantería se oculta avergonzada cuando le ve.—En la Academia, por ejemplo, Campoamor representa la negación del espíritu rutinario de la Arcadia tradicional, donde las flores huelen á mohó; la sátira viviente de ciertos formulismos y ciertos géneros literarios que gastan tontillo y gorguera escarolada; la crítica sonriente de labor tan indigesta y turbia como la del Diccionario. “¿Tengo yo cara de traer papeletas?”, contestaba cierto jueves á una interrogación del Presidente. En otra ocasión, como le apretasen para que diese una papeleta por lo menos, respondió volviendo á dormirse: “¡Estos quieren que yo lo haga todo!”

Metódico y casero, Campoamor aborrece los viajes, y declara que no cree en la existencia de Méjico, ni en la realidad de la China, países inventados por geógrafos noveladores. Hombre de pocas necesidades, casi indiferente á las superfluidades lujosas, no tiene más vicios que leer y dormir. Sensible á la amistad, inclinado á combinar el sentimiento amistoso con esa coquetería que lo refina sin bastardearlo, gusta del trato de la mujer, y cree y ha defendido en letras de molde que sólo la mujer, con su intui-

ción delicada y su penetrante instinto, siente ciertos aspectos de su musa, y se asimila ciertas peregrinas bellezas y ciertos sutiles aromas que no percibe el hombre. Un coro de mujeres le rodea; rara vez deja de sentarse á la mesa de Campoamor alguna de las que fueron amigas de su esposa, y que hoy forman al viudo cariñosa tertulia.

He podido observar en muchos grandes poetas, como Byron, Becquer, Musset, Lamartine, algo de femenino en el alma, y extrañas afinidades y parentescos con la mujer y el niño, en lo que la mujer y el niño tienen de característico, ó sea en las modalidades individuales del sentimiento y de la voluntad, más constantes é irreductibles que la inteligencia. En Campoamor, el *yo* profundo y esencial se resiste al análisis, porque el *yo* superficial y verbal es tan vario y tan matizado como la túnica flotante y las alas enormes de la danzarina Fuller, teñidas sin cesar por los más ricos tonos del arco iris. Todos los hombres poseen ese doble *yo*, pero si el esencial y profundo no es muy enérgico, el superficial y verbal llega á dominarlo y á sustituirlo en el mecanismo psicológico. Esta sustitución es más frecuente en el hombre que en la mujer; la *instrucción académica*, la *función social*, el *encasillado intelectual y político*, se imponen al varón y le clasifican, moldeándole para darle una forma prevista, conocida, trillada. El alma femenina se defiende mejor contra esta intrusión del *yo* externo en el *yo* íntimo, de conciencia. Tal vez

por eso—y aunque no deba exagerarse la influencia del sexo en el carácter—el modo de ser llamado *femenino* asegura mejor la persistencia de la personalidad, lo que se conoce por idiosincrasia.

Temo que esto del doble *yo* parezca unas miasmas enrevesado, y trato de aclararlo con un ejemplo. En uno de sus libros, *El Ideismo*, encaja Campoamor una disertación zumbona contra los supersticiosos, los que se alejan pálidos de los festines por miedo al número *trece*. Pues bien; he visto al gran poeta alejarse consternado de la mesa de un festín en Lhardy, y no consentir sentarse á ella mientras no fuimos *catorce*. (Por cierto que, como á mí me lo cuelgan todo, y en especial lo malo ó que creen malo los simplones, dijeron al día siguiente los periódicos que á causa de mis terrores supersticiosos, habíamos comido á las mil y quinientas.) Ahora bien; en la zumba del *Ideismo* se manifestaba el *yo* verbal de Campoamor; en su resistencia á sentarse á la mesa de *trece*, el *yo* profundo.—Y la grandeza y la gloria del poeta se fundan en que, con admirable tino, á ese *yo* profundo es al que ha solido obedecer. Para convencerse de ello, compárese una vez más á Campoamor con Zorrilla. ¿Quién que haya conocido y tratado al cantor de *Granada*, negará de buena fe que en su poesía rebosaba el *yo* verbal y superficial, identificado al espíritu colectivo, á las tendencias genéricas de su nación?

Los artistas que siguen la inspiración del *yo*

profundo, se exponen á ser negados y á quedarse muy solos. En alguno de sus escritos, Campoamor atribuía este aislamiento, resultado de su enérgica personalidad, á sus ideas conservadoras. “Cuando S. M. el vulgo,—decía,—y no hablo del vulgo de clase, sino del vulgo de entendimiento, es el supremo imperante, no reconoce más talentos que los ingenios que lo adulan. El genial Béranger ha tenido en Francia más popularidad que todos los poetas del mundo juntos, y después de veinte años de su muerte, su gloria tiene un brillo veinte veces menos deslumbrante que cuando vivía, porque los guardianes del templo de la inmortalidad son unas Musas muy delicadas, que examinan despacio los títulos que expiden las Sorbonas de la multitud, y para ellas el criterio del número inconsciente no es criterio de razón.” Con permiso del poeta, no eran precisamente sus ideas políticas las que se interpusieron entre sus persona y obras y la simpatía general y unánime, de que disfrutó verbigracia, Zorrilla, que nada tenía de liberal.—Eran sus ideas estéticas y filosóficas, ó más bien era su carácter, su *yo* poderoso, revelado plenamente, no sólo en sus versos, sino en su relampagueante prosa.

Acaso por razones análogas, la provincia donde Campoamor tuvo cuna se mostró bastante tibia con su glorioso hijo. “Allá en Asturias me creen un extranjero”, dice sonriendo el poeta, que, enemigo jurado de la humedad, y atribuyendo al frío todas las enfermedades, no

pisa el suelo asturiano, no siente esa nostalgia del castaño y del pino que sentimos periódicamente otros, y ha encontrado en las árabes comarcas de Alicante y Murcia patria adoptiva, más conforme á su complexión y á sus gustos.

Para cerrar con llave de oro esta biografía, de la cual no podrá decir Campoamor, como de las de marras, que "ni se parece ni está bien hecha",—puesto que ha tenido la bondad de tolerarla y concederla el *exequatur*,—quiero recordar un rasgo y una máxima del anciano ilustre, luz y espejo de las letras españolas, príncipe de nuestros humoristas contemporáneos, trovero del amor y alquimista que de las hieles del desengaño supo destilarnos néctares olímpicos y vinos añejos, derramadores del gozo, por todo lo cual Dios le bendiga... ¡que sí le bendice, lector!

El rasgo. Hallándose Campoamor á solas en su gabinete, envueltas las piernas, como de costumbre, en abrigada manta, y reclinado en su ancho sillón *Voltaire*, distrájole de la lectura un ruido ligero y persistente. Alzó la cabeza, y vió á un ratoncillo que paseaba por el aposento. "¡Qué insolencia!", pensó el poeta, y se incorporó para espantar al animalejo; pero éste no le hizo caso, y siguió desafiándole con sus correrías. Persuadido Campoamor de que las cosas no podían seguir así, empuñó un libro grueso, y afinando la puntería, se preparó á dispararlo contra el ratón. De pronto se le ocurrió una idea pavorosa: "¿Y si lo mato?", Ante el miedo al crimen, el libro cayó de sus manos,

y el ratón pudo desde aquel día corretear á su antojo.

La máxima,—digna de Goëthe, y que explica el reflejo auroral que tiene á veces la poesía de Campoamor:—"El secreto de la vida consiste en nacer todas las mañanas."

